



LA COMEDIA NUEVA.

- D. ELEUTERIO ¡Llamar detestable la comedia! Vaya que estos hombres gastan un lenguaje que da gozo oírle!
- D. HERMOGENES *Aquila non capit muscas*, don Eleuterio. Quiero decir que no haga usted caso. A la sombra del mérito crece la envidia. A mí me sucede lo mismo. Ya ve usted si yo sé algo...
- D. ELEU. ¡Oh!
- D. HERM. Digo, me parece que (sin vanidad) pocos habrá que.....
- D. ELEU. Ninguno, vamos; tan completo como usted, ninguno.
- D. HERM. Que reunan el ingenio a la erudición, la aplicación al gusto, del modo que yo (sin alabarme) he llegado á reunirlos. ¿Eh?
- D. ELEU. Vaya, de eso no hay que hablar: es más claro que el sol que nos alumbra.
- D. HERM. Pues bien; a pesar de eso, hay quien me llama pedante, y casquivano, y animal cuadrúpedo. Ayer sin ir más lejos, me lo dijeron en la puerta del Sol delante de cuarenta o cincuenta personas.
- D. ELEU. ¡Picardía! ¿Y usted qué hizo?
- D. HERM. Lo que debe hacer un gran filósofo. Callé, tomé un polvo, y me fuí a oír una misa a la Soledad.
- D. ELEU. Envidia, todo envidia. ¿Vamos arriba?
- D. HERM. Esto lo digo para que usted se anime, y le

- aseguro que los aplausos que... Pero, dígame usted... ¿ni siquiera una onza de oro le han querido adelantar a cuenta de los quince doblones?
- D. ELEU. Nada, ni un ochavo. Ya sabe usted las dificultades que ha habido para que esa gente reciba mi obra. Por último, hemos quedado en que no han de darme nada hasta ver si la pieza gusta o no.
- D. HERM. ¡Oh corvas almas! ¡Y precisamente en la ocasión más crítica para mí! Bien dice Tito Livio, que cuando
- D. ELEU. Pues ¿qué hay de nuevo?
- D. HERM. Ese bruto de mi casero... El hombre más ignorante que conozco. Por año y medio que le debo de alquileres me pierde el respeto, me amenaza.....
- D. ELEU. No hay que afligirse. Mañana o esotro es regular que me den el dinero; pagaremos a ese bribón, y si tiene usted algún pico en la Hostería, también ese.....
- D. HERM. Sí, aun hay un piquillo; cosa corta.
- D. ELEU. Pues bien; con la impresión lo menos ganaré cuatro mil reales.
- D. HERM. Lo menos. Se vende toda seguramente.
- D. ELEU. Pues con ese dinero saldremos de apuros: se adornará el cuarto nuevo; unas sillas, una cama y algún otro chisme. Se casa usted; Mariquita como usted sabe es aplicada, hacendosilla y muy mujer: ustedes entrarán en mi casa continuamente. Yo iré dando las otras cuatro comedias que, pegando la de hoy, las recibirán los cómicos con palio. Pillo la moneda, las imprimo, se venden; entre tanto ya tendré algunas hechas, y otras en el telar. Vaya, no hay que temer. Y sobre todo, usted saldrá colocado de hoy a mañana: una intendencia, una toga, una embajada, ¿qué sé yo? Ello es que el Ministro le estima a usted: ¿no es verdad?

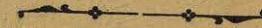
- D. HERM. Tres visitas le hago cada día
D. ELEU. Sí, apretarle, apretarle. Subamos arriba, que las mujeres ya estarán
D. HERM. Diez y siete memoriales le he entregado la semana última.
D. ELEU. ¿Y qué dice?
D. HERM. En uno de ellos puse por lema aquel celebérrimo dicho del poeta: *Pállida mors equo pulsat pede pauperum taberna regunque turres.*
D. ELEU. ¿Y qué dijo cuando leyó eso de las tabernas?
D. HERM. Que bien; que ya está enterado de mi solicitud.
D. ELEU. Pues, no le digo a usted! Vamos, eso está conseguido.
D. HERM. Mucho lo deseo, para que a este consorcio apetecido, acompañe el episodio de tener que comer, puesto que *sine Cerere et Baccho friget Venus.* Y entonces, ¡oh! entonces. . . con un buen empleo, y la blanca mano de Mariquita, ninguna otra cosa me queda que apetecer sino que el cielo me conceda numerosa y masculina sucesión.

Acto primero. Escena última.

LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.



FROU-FROU



- GILBERTA. ¿A dónde vas?
LUISA. A buscar un libro que me pidió Jorge y que dejó en tu habitación.
GILBE. Que aguarde. ¿Así que, rehusas ese casamiento?
LUISA. Claro que lo rehuso.
GILBE. ¡Ah! ¿Y todo para seguir velando por la felicidad de nosotros dos?
LUISA. ¡Gilberta!
GILBE. En verdad que es meritorio y debo agradecerlo; lo que no me parece bien, sin embargo, es que no hayas repartido igualmente tus cuidados entre nosotros dos, y que hayas atendido más al uno que al otro.
LUISA. ¡Jesús!
GILBE. Has cuidado de mi esposo. . . has cuidado de mi hijo. . . ¿pero y de mí? A mí me has descuidado un poco y has hecho mal, porque si tú hubieses mirado bien, habrías visto que de todos los peligros que podían amenazar a esta casa que tú te habías encargado de defender, el más grave seguramente estaba de mi lado.
LUISA. No comprendo.

- GILBE. Hace una hora el señor Valréas estaba aquí... a mi lado, jurándome su amor. Yo le decía que no le amaba.
- LUISA. ¿Y qué?
- GILBE. Que no era verdad, por que le amo.
- LUISA. ¡Ah!
- GILBE. Eso es lo que tú no habías visto, hermana, y lo que sin embargo debió antes que nada revelársete, de haber desempeñado bien la misión que con abnegación tan heroica aceptaste.
- LUISA. ¡Gilbertal
- GILBE. Quizá la demasiada atención que te embargaba de un lado te impidió ver lo que pasaba por el otro.
- LUISA. Acabas de decirme que amas al señor de Valréas.... esto no puede ser verdad.....
- GILBE. Y sin embargo lo es. No lo era hace dos meses, pero en estos dos meses ¡han pasado tantas cosas! Ese amor ha tenido tiempo de nacer y crecer. Lo que empezó por un juego terminó por convertirse en un peligro, un peligro tan grave, que viendo que decididamente no te cuidabas tú de salvarme, he tratado de salvarme yo misma. ¡Mi esposo, mi hijo!... He querido refugiarme en ellos. Era el mejor recurso ¿no es verdad? Pero mi hijo ya no me pertenecía. Entre él y yo, estabas tú ¡siempre tú!
- LUISA. Me marcharé Gilberta; me marcharé
- GILBE. Me has quitado mi hijo..... y en cuanto a mi marido....
- LUISA. Tu marido . . .
- GILBE. ¿Sabes que al verte ahí junto a él; al recordar el pasado; al reunir mis sospechas de ahora....
- LUISA. ¿Tus sospechas?
- GILBE. Vamos, vamos..... ¡no me obligues a decir lo que no quiero!
- LUISA. ¡Dilo! Salga de una vez esa palabra que te

- quema el labio. Hace cuatro años que amaba a tu marido ¿no es eso?
- GILBE. Es qué.....
- LUISA. Pues bien sí.... ¡le amaba!
- GILBE. ¡Ah!
- LUISA. Pero él te amaba a ti. Entonces yo que pensaba que tal amor sería tu felicidad, yo misma cogí su mano y la puse en la tuya..... ¡y sin embargo, lo amaba! Para que nada te impidiese aceptar esa boda, fingí estar contenta; te dije que no le quería.... ¡y sin embargo estaba enamorada! Me sacrificaba por vosotros.
- GILBE. Y de la noche a la mañana, se desvaneció tu amor.... ¿no es eso?
- LUISA. No, no de la noche a la mañana. Sufrí mucho tiempo, mucho; quizá mi sufrimiento, quizá los esfuerzos que he debido hacer para triunfar de mí, merecían otra recompensa... Pero tú lo has olvidado todo: tus repetidas instancias para persuadirme a venir con vosotros.... vivir aquí.... la sorpresa que te causaba mi resistencia..... ¿Te has olvidado acaso que rehusaba siempre?
- GILBE. Y acabaste por consentir.
- LUISA. Porque estaba segura de mí misma.... ¡Ya no amaba!
- GILBE. O porque pensaste que la ocasión era más propicia.
- LUISA. ¡Gilberta! ¿Eres tú la que habla así?
- GILBE. Yo.... sí; ¡yo soy!
- LUISA. ¿Qué terrible pasión te ciega para que des cabida a semejante idea? ¡Recuérdalo bien! ¿quería yo venir acaso? ¿no rehusé esa vez como tantas otras? ¿No fuiste tú quien insistió?
- GILBE. ¡Oh! ¡Que bien supiste tú hacerme querer lo que tú querías! ¡Que habilidad hermana mía y como jugaste conmigo ni más ni menos que como si fuese una chiquilla! ¡Bien

supiste lo que te hacías cuando tras de casarnos, tras de haberte sacrificado por nosotros, rehusabas todos los casamientos que se te proporcionaron! ¡Un instante bastó para que te adjudicaras lo que te jactabas de haberme cedido! ¡Y qué bien que le tienes en tu poder ahora!

LUISA.
GILBE.

¡Me marcharé Gilberta! ¡me marcharé!
¡Marcharte hoy! ¡sacrificarte nuevamente!...
No hermana mía, no serás tú la que se marche.....

LUISA.
GILBE.

¿Cómo?
El cielo es testigo de que era sincero el esfuerzo que hice para resistir y defenderme. Yo no soy mujer de esfuerzos prolongados... Y aun cuando sucumbiese ¿tengo o no el derecho de amar a quien me ama? Tanto más que tú y él.....

LUISA.
GILBE.

¿Qué vas a decir?
Que me confieso vencida....que te cedo mi lugar.....

LUISA.
GILBE.

¿A dónde vas?
¡Preguntas demasiado!

LUISA.
GILBE.

¡Gilberta!
Esposo, hijo; todo me lo has quitado. ¡Está bien! ¡Quédate con ellos!

LUISA.

(*Se lanza a su habitación y se encierra*)
(*Golpeando la puerta*) ¡Gilberta! ¡Gilberta!

ACTO TERCERO. Escena última

MEILHAC Y HALEVY.



EL GUANTE

RIES

Nada más natural, nada más justo. Es la única explicación de tu extraña conducta. Acabo de encontrarme en la calle a un señor que me habló del baile de anoche, un señor que es el jefe del negociado.....¿cómo se llama? El dueño de esa casa de campo que te gusta tanto. La del palomar árabe.....
¿Klinger?

SVAVA
RIES

Klinger, eso es, Klinger. Me dijo que quería venderla. Me dijo también: "Estará usted satisfechísimo con la acogida que la familia Christensen toda, *Dragón* inclusive, hizo anoche a la hija de usted;" estas fueron literalmente sus palabras. Con esa boda honras a tus padres y te preparas a tí propia un brillantísimo porvenir. ¿Cómo es posible que lo eches todo a rodar? Y en definitiva ¿crees que lograrás algo? Te dejarán caer y antes de darte cuenta de nada estarás en el suelo. ¿Crees que hay en el mundo alguna familia de posición que vea impasible rodar en lenguas de las gentes la fama de su hijo? Sé razonable. Comprendo que tu primer movimiento fuera de indignación; pero luego, pensándolo fríamente.....Mira que de

tus actos no depende solo tu bienestar, sino el nuestro. Acabo de ver desde el muelle al "Angel" a punto de zarpar, y venía pensando que si no lograba convencerte, quizá no me quedase otra solución que la de embarcarme para América.

SVAVAE.

(Que mientras habla Ries, y durante toda la escena, estará a ratos reclinada al piano, a ratos paseando nerviosamente entre éste y el foro, o de pie, apoyando los brazos en la mecedora.)

Prefiero ir a América.

RIES.

¡Prefieres, prefieres! Pero ven acá, veleta: ¿crees que todo se arregla con embarcarse y cruzar el océano? Por graves que sean las ligerezas de Alf (yo no sé de ninguna,) pero por graves que sean, no justificarán esa resolución. ¡Por Dios, Svava!

SVAVA.
RIES.

La invocación a Dios es muy oportuna. ¡Qué! ¿Encuentras que no he nacido para predicador? Tienes razón, no acostumbro sermonear Pero eso no impide que sea verdad lo que te estoy diciendo. La mujer debe atraerse al hombre con su amor, con su mansedumbre e indulgencia; y tú Svava, tienes para ello excepcionales cualidades y muchos años de práctica, adquirida educando á los niños, que son hombres en pequeño. ¡Hé ahí la noble misión de la mujer!

SVAVA.
RIES.

(Apoyada otra vez al piano.) ¿Cuál? ¡Que cuál! ¿No lo acabas de oír? La de... la de... pero si te la estoy explicando hace un rato ...la de mejorar al hombre en el matrimonio purificándole; la de...

SVAVA.
RIES.

...El jabón. ¡El jabón! Qué diablos tiene que ver el jabón con lo que te estoy diciendo!

SVAVA.

.....
Para ti el matrimonio es un gran establecimiento, donde se lavan los hombres. Noso-

tras, las mujeres, esperamos, jabón en mano, que no esté muy sucio el que nos toque en suerte. ¿Es eso?

RES.

.....
Esas declaraciones contra el matrimonio, son indignas de las mujeres; propias, si acaso, de los elementos más disolutos de la sociedad.

SVAVA.
RIES.

De los hombres entonces. ¿Los hombres más disolutos que las mujeres? ¿Pero no las veis en los bailes, en los teatros exhibiendo sus carnes escandalosamente? ¿Quiénes son los que entre ellas tienen más partido? Los más calaveras, los donjuanes. No habléis mal de los hombres. Eso es una vulgaridad en que solo podéis incurrir desconociendo la realidad de la vida u olvidando cómo sois vosotras mismas.

.....
ACTO SEGUNDO. Escena IV.

B. BJOERNSON.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



El Guante

- ALF. *(Que entra vestido de etiqueta, por la derecha del foro dando dos pasos hacia ella.)* Supongo que te sorprenderá mi visita; si me hubiera sido posible evitártela, lo habría hecho. Pero vamos a encontrarnos en la fiesta, y es preciso que nos pongamos de acuerdo. No te parece?
- SVAVA. Sí
- ALF. He pensado y lo someto a tu aprobación, que yo ayudaré a tu padre a recibir, haré los honores con él, que está conforme, y así no tendremos apenas ocasión de estar juntos. ¿Tienes algo que oponer?
- SVAVA. No
- ALF. Si por casualidad nos encontrásemos solos, yo inventaré un pretexto para librarte de mi presencia. Pero el primer vals, no puedes negármelo.
- SVAVA. No es tan natural como tú crees.
- ALF. Procuraré abreviarlo discurriré algo que te haga reír
- SVAVA. Sí; creo que debes estar alegre, muy alegre, por tí y por mí.
- ALF. Cuando hay necesidad de ello, se intenta y

- SVAVA. se logra. Pero es preciso que tú me ayudes. Eso es otra cosa.
- ALF. La fiesta debe ser la comedia, dejaremos la tragedia para después.
- SVAVA. ¡Ah! ¿De modo que habrá algo después?
- ALF. ¡Es claro! Yo tengo aún que defenderme, tienes que oirme.
- SVAVA. Creo que he oído lo bastante; pero es igual, porque no pienso oír más.
- ALF. Aunque no lo pienses, quieras o no, tendrás que oirme: no puedes tratarme peor que al más perverso de los criminales; tendrás que oirme antes de juzgarme.
- SVAVA. No necesito juzgar a nadie.
- ALF. Has juzgado ya por lo visto.
- SVAVA. En tal caso no fué muy dura la pena, cuando te presentas ante mí como si nada hubiera ocurrido.
- ALF. ¡Pero qué! ¿Pensabas acaso que yo iba a prosternarme ante ti, mísero pecador arrepentido, implorando tu perdón con lágrimas en los ojos? Lamento no poder complacerte. Eso sería reconocer que soy indigno de tu amor; eso sería un insulto á ti primero, y a mí propio después. Yo no me juzgo indigno de ti, por que si tal creyera, no habría pisado jamás esta casa.
- SVAVA. ¿De modo que no tienes nada que reprocharte?
- ALF. Yo no he dicho tanto: sostengo sólo que estoy purificado.
- SVAVA. ¡Ah, sí! ¿desde cuándo?
- ALF. Eso importa poco. Para mí no hay más que un día señalado, entre todos los de mi vida: el en que te encontré.
- SVAVA. Lo cual es muy halagador. ¿De manera que no tienes nada que reprocharte, nada tampoco que explicar?
- ALF. Bastante que explicar; pero ya dije antes que aguardaba la oportunidad.
- SVAVA. Eso es, aguardaremos la oportunidad.

ALF. Aguardaré a que quieras comprender la cuestión tal como ella es.

SVAVA. Creí que el plazo era más breve.

ALF. Por que no la comprendes. Tú no tienes derecho a juzgar a todos los hombres, mucho menos a castigar en mí las culpas de todos, porque sería la más inicua de las injusticias. Es preciso que te inclines ante los hechos, y cuando lo hayas logrado (tu deber, por lo menos, es intentarlo), te contaré una historia, si entonces quieres oirla. Yo sé de antemano que entonces no te importará poco ni mucho.

SVAVA. ¿Crees que ahora me importa algo? ¿Crees que me mueve la curiosidad? Siento vergüenza de pensar que pudiste interpretar así mis palabras.

ALF. Perdona si las mías te molestaron; pero no olvides que yo tengo razón para estar ofendido.

SVAVA. ¿Porque no te trato como mereces?

ALF. No es eso. Ya te he dicho que si algo manchase mi pasado, no estaría yo aquí.

SVAVA. Pero ya sabes que yo no miro las cosas del mismo modo; lo sabes hace mucho tiempo.

ALF. ¡Ah! Te he engañado ¿no es eso? Me he reído de ti.....

SVAVA. ¿Crees que así me contestas?

ALF. Te mezclaste en mis secretos, y me ofendiste.....desconfiaste de mí, y me ofendiste otra vez. Ofensas que yo quisiera olvidar.

SVAVA. ¿Y si se tratase de mí? Si yo contestase a tus preguntas, a tus reproches: "Son secretos de mi vida." "Mezclándote en ellos me ofendes." "Desconfiando de mí; me ofendes otra vez." Confiesa que si yo hubiera vivido como tú

ALF. ¡Eso es demasiado! Sabes muy bien que yo desconocía esas ideas tuyas; que ni tú ni yo

recordamos para nada nuestro pasado cuando, al conocernos a fondo, nos entregamos el uno al otro. ¿Qué importa mi pasado? No puede haber dejado en mí rastros profundos, cuando no los apreció tu instinto. Porque tú sabes muy bien que no me rechazaste, que te sentiste atraída por mí como no te atrajo hombre ninguno. Eso lo he leído yo en tus labios. Nuestra actitud de hoy es artificial, de ella están ahora mismo protestando nuestros corazones, y si me permitieras que te hablase como tengo derecho a hacerlo, te convencería en el acto.

SVAVA. ¿Crees tú?.....

ALF. No lo creo: estoy cierto de ello, lo estuve siempre. Quizá confíe en tí con exceso; eso es una falta que tú me perdonarás fácilmente. Pero no, te conozco muy bien, aunque han sido muy breves nuestras relaciones, te conozco mejor que nadie en el mundo. También me lo has confesado tú misma. (*Svava muestra emoción.*) Veo que lo recuerdas....

SVAVA. ¿Qué te pasa?

SVAVA. Todavía no has contestado a mi pregunta ¡Dios mío! ¡Dios mío!

ALF. ¡Ah! Huyes, tienes miedo.....contesta tú primero.

SVAVA. ¡Oh!

ALF. ¿Crees que quien te conoce como yo, es capaz de engañarte, de burlarse de tí? Has debido tener más fe en tu Alf, Svava.

SVAVA. ¿Cómo abusas! Si hubiese sido yo la que... ¿habrías creído en mí?

ALF. No lo sé, porque entonces no serías tú, serías otra.

SVAVA. Eso digo yo. Tampoco tú eres el mismo.

ALF. Paciencia: yo te demostraré lo contrario. Pero si es verdad lo que dices, si yo fuese otro, ¿por qué sentir esa emoción?

(*Se oye á lo lejos la orquesta que ejecuta la*

marcha nupcial de Mendelssohn.) ¡Te vas! ahora que la música viene a recordarnos nuestra situación.....No: nos juntó un error; nuestros propósitos, nuestras conversaciones, nuestro pasado no pueden borrarse de pronto y caer en el olvido. Nos marcan nuestro porvenir.....

SVAVA. No, no es posible. Un hombre no puede ser doble. Eso es absurdo.

ALF. Pero ¿No tenemos dos naturalezas?

SVAVA. ¡Dos!

ALF. Tú lo mismo que yo. No me mires asombrada; sé muy bien lo que te digo. No eran contrarias nuestras ideas? ¿No vivían separadas nuestras inteligencias? Y sin embargo, el parentesco de nuestras naturalezas se impuso y tú no me aborreciste, sino que te entregaste. Ahora mismo al intentar ocultarlo, te vendes. No es de mí, sino de tus absurdas teorías, de lo que tienes que guardarte.

SVAVA. Aunque fuese verdad, tú no tienes derecho a emplear contra mí esas armas. Yo no soy doble, ni quiero pertenecer a nadie que lo sea. (*Ambos habrán ido avanzado hacia el primer término.*)

ALF. ¿Crees que no recuerdo que cuantas veces te abracé sentí que te estremecías? Un hombre sabe siempre el poder que tiene sobre una mujer.

SVAVA. ¡Ni una palabra!

ALF. Cofésalo por que si reniegas de tu naturaleza, cometes un pecado tan grande como el mayor de los que yo haya podido cometer.

SVAVA. ¡Es intolerable!

ALF. ¿Lo vez? Con una sola palabra puedo provocar tu indignación. Porque eres mía, y tú misma tienes que reconocerlo contra tu voluntad. Ayer mismo.....

SVAVA. ¿Te atreverás aún a hablar de ayer?

ALF. ¡Atreverme! ¿Por qué no? Ayer mismo en este salón, mostraste que tienes como yo, dos naturalezas. Te vi cambiar de color, te vi temblorosa y agitada cuando te dije que me imaginaba cómo tu brazo se enroscaba a mi cuello, al mío sólo, porque yo era tu elegido entre todos los hombres del mundo.

SVAVA. ¡Y yo una de esas cien a quienes tú habías abrazado en tu vida!

(*Le arroja al rostro uno de sus guantes y huye.*)

ACTO TERCERO. Escena última.

B. BJOERNSON.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año: 1625 MONTERREY, MEXICO